

¿Por qué debiera ser publicada? ¿Cuál es su aporte a la cultura y/o la ciencia?

Que los perros hablen es un ensayo que propone una reflexión original y necesaria sobre el lenguaje, la conciencia y los afectos, a partir de una pregunta aparentemente sencilla: ¿por qué los seres humanos deseamos que los perros hablen? Lejos de abordar esta inquietud como una mera curiosidad literaria, el texto la convierte en un eje crítico desde el cual se examinan algunas de las tensiones más profundas del pensamiento occidental, como la relación entre lenguaje e intelecto, la frontera entre lo humano y lo animal, y la construcción social de la locura.

Su pertinencia radica, en primer lugar, en la forma en que articula distintos campos del conocimiento —literatura, filosofía, lingüística y psicología— sin perder una voz propia ni una dimensión íntima. En un contexto donde la producción académica suele fragmentarse en disciplinas cerradas, este ensayo ofrece una mirada transversal que recupera la tradición humanista del pensamiento complejo, haciendo dialogar autores clásicos y modernos con la experiencia personal. Esto permite que el texto no solo sea accesible, sino también profundamente significativo para un público amplio, más allá del ámbito estrictamente académico.

En términos culturales, la obra aporta una relectura de la figura del perro en la literatura, no como un elemento anecdótico, sino como un dispositivo crítico que ha sido utilizado históricamente para cuestionar las jerarquías humanas. Al reunir y analizar distintas representaciones de perros parlantes, el ensayo construye una genealogía poco explorada que pone en evidencia cómo estos personajes han servido para señalar contradicciones sociales, evidenciar formas de exclusión y problematizar la idea de superioridad humana. De este modo, el texto enriquece la interpretación literaria y abre nuevas posibilidades de lectura en obras ampliamente conocidas.

Por otro lado, el ensayo dialoga con debates contemporáneos relevantes en el ámbito científico y filosófico, particularmente en torno a la cognición animal y los límites del lenguaje. Al recuperar teorías como las de Piaget, Vigotsky o Chomsky, y confrontarlas con ejemplos literarios y observaciones empíricas, el texto contribuye a cuestionar la idea de que el lenguaje articulado es el único medio válido de comunicación compleja. En este sentido, su aporte no consiste en ofrecer respuestas concluyentes, sino en abrir preguntas que resultan fundamentales para repensar nuestra relación con otras especies y con nuestras propias formas de conocimiento.

Uno de los aspectos más valiosos del ensayo es el desplazamiento que propone hacia el terreno de lo afectivo. Frente a la insistencia en dotar a los animales de lenguaje humano, el texto reivindica la ternura como una forma de comunicación igualmente significativa, aunque históricamente subestimada. Esta perspectiva no solo amplía la noción de lenguaje, sino que también ofrece una reflexión crítica sobre las formas en que los seres humanos establecemos vínculos, evidenciando

cómo ciertas cualidades atribuidas a los perros, como la fidelidad o la disponibilidad afectiva, están atravesadas por relaciones de poder que también se reproducen en lo humano.

En este sentido, *Que los perros hablen* aporta a la cultura al proponer una mirada crítica y sensible que cuestiona categorías profundamente naturalizadas, al tiempo que recupera el valor de formas de comunicación no hegemónicas. Su escritura, que combina rigor conceptual con una voz íntima y reflexiva, permite que el texto no solo se piense, sino que también se experimente.

Por todo ello, se trata de una obra que merece ser publicada: no solo por la originalidad de su enfoque, sino por su capacidad de generar reflexión en distintos niveles, intelectual, ético y afectivo, y de dialogar con problemáticas contemporáneas desde una perspectiva profundamente humana.